

# ¿“Festejar la Lumpen Universitas”?

Sebastián Gómez González

Profesor titular, Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, [juan.gomez67@udea.edu.co](mailto:juan.gomez67@udea.edu.co)

Lo que no funciona se ve. En la Ciudad Universitaria se ve y se siente, día a día, de lunes a sábado, durante las 16 semanas que dura un semestre. ¿16 semanas dije, o son más? ¿Cuánto tiempo perdido y traducido a recursos despilfarrados semestre a semestre? Lo que no funciona no se nombra, pero se ve y se huele. Hedor de la grasa crepitante en los pasillos, el vaho de la sativa, de 8:00 a 20:00, que asciende y se cuele por las ventanas de las oficinas. Lo que no funciona se lee: los cándidos e insistentes carteles de la “U. de A. Biosegura”, aunque en los baños ni jabón, ni papel, ni geles hidroalcohólicos, ni la menor de las asepsias. ¿Por qué la pestilencia, la suciedad, la incomodidad en un servicio básico? Lo que no funciona celebra parrandones infinitos y observa complaciente las botellas de cerveza desperdigadas en mesas y esquinas del campus. Lo que no funciona echa mano de pancartas empalagosas acompañadas de códigos QR que conducen a un “muro de los lamentos” virtual. “¿Rumbas aquí? ¿Así?”, reza el cuestionamiento. ¡Pues sí, claro!, responde lo que nunca ha funcionado. ¡Ah, sí, es que así es aquí, mi distinguido docente, mi estimado empleado, mi respetado estudiante! Lo que no funciona anuncia en varios carteles: “Ponqué cannábico, barquillo de baretta, *brownies* de *ganja*, galletas de chiruza”, a 3000, a 4000, ¡vean qué tan barato! Lo que no funciona vende chicha, aguardiente por tragos y rones añejados que al paso de la bebezón dejan copitas plásticas a merced del viento. Lo que no funciona se oye: los barullentos altavoces de *Bluetooth* y sus compases de moda: el reggaetón y las tonadas predecibles. Lo que no funciona también aborda, a gritos, al transeúnte: “¡a la orden, a la orden, sí hay, sí hay!”. Lo que no funciona activa los volúmenes de sus bafles en los alrededores de los bloques todas las tardes de los jueves. ¿Alguien se ha cuestionado seriamente

acerca del nocivo ámbito acústico que diariamente estamos obligados a padecer? ¿Por qué tienen que existir amplificadores y concursos de karaoke en los pasillos de un claustro universitario?

Así las cosas, lo que no funciona mendiga: “Este *locker* no se le ha asignado. Le solicitamos que lo desaloje o nos veremos en la obligación de romper el candado y sus pertenencias puede reclamarlas en Bienestar”. Lo que no funciona bautizó a esos mismos días como “Jueves de tropel”, jornadas en las que no han sido pocos quienes han quedado liados para siempre por ignorar el mínimo manejo de explosivos durante o después del *performance* “revolucionario”. Lo que no funciona se siente como una detonación, como una irritación en la piel por el gas lacrimógeno. Lo que no funciona confunde un horario de 8:00 con el de 8:25 (en el mejor de los casos). Lo que no funciona no prepara sus clases, nunca está disponible para asesoría alguna e intimida al estudiantado. Lo que jamás ha funcionado hace odas a la pobreza, molicie y autoconmiseración, ¡porque qué pesar! Y es claro que en la Universidad Pública (con mayúsculas, sí), “¡siempre seremos críticos, nunca autocríticos, compa!” A lo que no funciona le resulta normal que sea más difícil ingresar en bicicleta al campus que hacerlo con explosivos y gasolina. Lo que no funciona afirma que *no-se-puede*, que no hay salones ni auditorios ni aulas de ningún tipo, ni otros espacios disponibles para actividades académicas: que solo para reuniones burocráticas. Lo que no funciona malbarata el tiempo, como si abundara, citando a claustros insufribles. Lo que no funciona está regado por el piso, como la basura de las canecas ya repletas, todos los días, después de las 16:00, repito: ¡todos los días después de las 16:00! Lo que no funciona habla en voz alta en la Biblioteca Central, suelta carcajadas. Lo que no



funciona vende frituras, harinas empaquetadas y gaseosas a falta de una cafetería medianamente decente que satisfaga la demanda por alimentos en el campus. Por supuesto, lo que no funciona se apoderó de las mesas ubicadas para quienes necesitan estudiar o simplemente estar al aire libre. Lo que no funciona permite que se deterioren los mobiliarios, que en los salones falten sillas, que haya computadores sin internet, paredes despintadas, pisos despincados y agónicas luces de neón. ¡A lo que no funciona le da igual que la Biblioteca Central no esté bien equipada con las bases de datos y las colecciones necesarias para cualquier investigación! ¿Y quién dice algo? Lo que no funciona usufructúa los tomacorrientes para sus licuadoras, grecas y parrillas. Lo que no funciona fuma y lanza la colilla al horizonte; también se droga en los pasillos y suele ofenderse por un mínimo comentario reprobatorio, porque lo que no funciona no tiene claro aquello de respetar el espacio de los demás y, obviamente, jamás considerará como algo perjudicial la privatización que hace del espacio de todos para instalar y lucrarse con sus “emprendimientos”. Lo que no funciona aplaude que, a fin de mantener a flote cualquier proyecto del interés de la propia universidad y de toda la comunidad que la integra, los profesores deban gastar de sus propios haberes para pagar auxiliares, insumos y licencias, aunque la mayoría de las veces lo hagan gustosos, solo por tener la certeza de que todo funcione muy a pesar de la desidia institucional.

Lo que no funciona, que ya es un notable exceso para la *Alma Mater*, no llega, al parecer, ni a la vista, ni al oído, ni al tacto del rector o de alguno de sus coequiperos. ¿En serio no se enteran? Resulta increíble que nadie se percate ni musite sílaba alguna para reprochar todos los desarreglos cotidianos de la Ciudad Universitaria: todo el descuido, toda la pereza, la dejadez, ¡todo el egoísmo!, todo lo que es contrario a la vida y naturaleza de un claustro académico. ¿Hay miedo a represalias? ¿No está bien quejarse y ser crítico frente a un fenómeno que ha erosionado radicalmente la idea de universidad? Y esto, claramente, nos está llevando —o tal vez ya nos empujó y no nos hemos enterado— al precipicio de la ruina moral, académica e intelectual. ¿Han notado que difícilmente en las carteleras de la Ciudad Universitaria se llegan a promocionar eventos académicos? ¿Una conferencia, coloquio, seminario, una presentación de un libro? No, no, por el contrario: lo que se anuncia, sin curaduría alguna, oscila entre

alquileres de habitaciones, ofertas laborales para *Call Centers*, “Se hacen trabajos académicos”, “El futuro se llama *Webcam Girl*”, invitaciones para *Stand Up Comedies*, o simples promociones que anuncian el 2x1 para el consumo de cebada nacional en las cantinas aledañas al campus. ¿A qué se debe esto? ¿Era este nuestro destino como universidad? ¿Estamos obrando correctamente para una institución que es patrimonio de todos los ciudadanos?

Todas las comparaciones son odiosas, sin excepción. Si se vuelve la vista atrás, si se hace un ejercicio memorístico básico, cualquiera que lo haya vivido podrá recordar que la Universidad de Antioquia tenía otro talante, otro nivel, otro propósito digno y comparable al de cualquier centro académico donde se priorice la formación en el pensamiento crítico y científico. Ojalá esté equivocado, pero recuerdo que la Universidad de Antioquia era una institución que inspiraba respeto por sus misiones académicas, científicas y sociales, porque era una institución debida a la ciudadanía. ¿Tanto han cambiado los tiempos? ¿Qué explica esto? ¿A quién o a qué se le puede atribuir tanta orfandad? ¿Qué tienen para decir los rectores anteriores y todos aquellos que acompañaron sus gestiones y que conocieron de cerca la cotidianidad política y la avalancha de responsabilidades que van de la mano con el desarrollo institucional hacia adentro y hacia afuera? ¿Y nosotros como profesores? ¿Hasta qué punto ha llegado nuestra responsabilidad en desentendernos ante esta situación? ¿Todo está bien, todo está en orden? ¡Mientras nos sigan pagando, pues todo bonito, y lo restante que se lo trague el perro! ¿Cuál es la posición del activismo estudiantil frente a estas desmejoras? ¿Todo se ve normal y nada puede ser mejor, más útil, más amable, más cómodo? Quizás estas sean preguntas retóricas, “porque ya sabemos que esta es una institución muy grande y no la vamos a arreglar de un día para otro, y porque hay que comprender las nuevas demandas de la sociedad, y la sintonía con el gobierno y el Estado, y no somos una instancia civil sino pedagógica y bla, bla, bla...” ¿Por qué no se dice ni se hace algo concreto al respecto? ¿Acaso no se ve? ¿Acaso no hay forma de corroborar la tugurización enquistada en pasillos y salones? ¿Poco o nada que agregar sobre el declive de la calidad académica? ¿No son visibles las cantidades de gente drogándose y dedicada al ambulante sin que tengan, al menos, algún vínculo con la Universidad? ¿Qué le aportan?

“La U. de A. es un paraíso complejo”, decía una valla frente a una de las porterías de ingreso al campus. ¿A dónde se quiere llegar con esas toneladas de buenismo? ¿Cuánta mediocridad, indolencia y desfinanciación puede soportar una institución como la Universidad de Antioquia? ¿Hasta cuándo? Sobra decir que lo que no funciona nos convirtió en arte y parte del desamparo, de la apatía y de una especie de desastre que se pudo prevenir desde mucho tiempo atrás. No sé, personalmente, si haya algo digno de festejar en este aniversario. Nos convertimos, ¡qué duda cabe!, en una *Lumpen Universitas*, y mal haríamos en celebrarlo. 🗑️



Angélica Teuta, Montaña escaipada, carpeta montada, Instalación inmersiva, 10 x 6 x 4 mts., Pieza única 2018, Obra en colección del Banco de la República @angelicateuta



Angélica Teuta, Bosque azul, 3 Retroproyectors de acetatos, 6 vidrios, plotter de corte, papel celofán azul y vídeo de rinoceronte de durero en teatro en teatro de sombras, 6x4x3metros aprox., 2010, Serie de 3, @angelicateuta